

JESUITAS FRENTE AL NEO- LIBERALISMO

LOS RESULTADOS SON LOS QUE IMPORTAN

Lo primero que debemos reconocer los que estamos de acuerdo con el mensaje esencial del documento es que su redacción y el desarrollo del tema no son del todo afortunados. Es el típico problema que surge cuando un cuerpo colegiado se propone producir un escrito colectivo, máxime si son gente de alto nivel, con puntos de vista muy definidos, de formaciones profesionales distintas, con vivencias también distintas. Por eso, el texto tiene muchas repeticiones, con matices que no siempre son congruentes. Abundan la "poesía" de quienes derrochan humanidad en su vida diaria y el voluntarismo de quienes por oficio están acompañando o liderizando iniciativas populares en circunstancias muy adversas.

Pero el "núcleo duro" del documento es sólido e importante, cuando cuestiona el neoliberalismo por sus resultados. A la hora de la verdad, el único criterio de éxito o de fracaso de un esquema económico es la capacidad para generar y difundir el bienestar. Sin meternos en la complicada discusión sobre la definición de bienestar, está claro que en la América Latina depauperada un componente esencial del bienestar tienen que ser las condiciones materiales de vida en salud, vivienda, alimentación, educación y recreación. En la mayor parte del continente latinoamericano, los esquemas neoliberales vienen aplicándose desde hace ya casi 10 años, tiempo suficiente para iniciar una evaluación. La conclusión de los jesuitas es que el neoliberalismo, tal como está siendo aplicado en América Latina, no sólo no está solucionando el problema de la pobreza, como tampoco lo hizo el estatismo populista de los 70 y los 80, sino que lo está agravando. El documento está escrito desde una honda preocupación por las carencias de la gente. A los jesuitas les duele y les subleva la pobreza material, pero también la pobreza cultural, la pobreza de la calidad de vida y la pobreza del

ambiente.

Quizás no deberían haberse metido los autores del documento en arenas tan movedizas como insinuar que la pobreza sea un producto de la concepción "filosófica" del neoliberalismo. En mi opinión, y haciendo una lectura benévola de él, el documento no critica el cuerpo teórico-económico del neoliberalismo como tal, sino a su concreción histórica en la América Latina de los últimos años. Al referirnos a cualquier ideología, siempre es fácil construir un muñeco sobre el que descargar las iras, pero los pensadores serios de esa corriente suelen tener poco en común con ese muñeco. Por eso, es preferible descender a terrenos más tangibles de ejecuciones y resultados. Lo primero que resaltan los jesuitas es que el neoliberalismo latinoamericano se ha venido aplicando en sociedades profundamente injustas, con masas de población en situación inicial de desventaja para acceder al mercado laboral, con enorme concentración del poder económico y comunicacional, con clases políticas corrompidas. Teniendo como punto de partida este contexto social, las políticas neoliberales no sólo no han podido atenuar la desigualdad, sino que la han agravado aún más.

FRACASO EN COMBATIR LA POBREZA

Las estadísticas son claras. En la última década, la pobreza relativa y absoluta ha aumentado en América Latina. Venezuela es un ejemplo especialmente dramático. El único país donde el número de pobres ha disminuido es Chile, el país modelo del continente, con más de veinte años de esquemas neoliberales y más de diez años de crecimiento soste-

**A la hora de la verdad, el
único criterio de éxito o de
fracaso de un esquema
económico es la capacidad
para generar y difundir el
bienestar**

La carta-documento de los superiores jesuitas de América Latina sobre el neoliberalismo ha tenido una recepción un tanto displicente por parte de algunos opinadores profesionales. Aun cuando se cuidan de no usar un lenguaje brusco o de lanzar una crítica frontal debido al respeto que les merecen las personas de los jesuitas y las encomiables obras que liderizan, en el fondo le quitan importancia a los planteamientos del documento y descalifican intelectualmente a sus autores. El argumento que utilizan como puntilla final es que los jesuitas todavía añoran inconscientemente tiempos pasados. Y como estos opinadores ejercen su oficio en un país de poca sustancia intelectual y nadie les discute su verborrea incontinente, pudiera el público tener la impresión de que el mensaje del documento es equivocado



Miguel Ignacio Purroy

Quizás la constatación más preocupante es la continuación del deterioro del “capital social”, entendiendo por éste la infraestructura física, humana, educativa y de organización comunitaria para la producción de bienestar

nido. Pero, a pesar de ello, Chile no se salva tampoco de haber deteriorado la distribución del ingreso (proporción de la riqueza nacional que pertenece a los estratos pobres). Es cierto que hay menos gente pasando hambre en Chile hoy, pero a los pobres les está llegando una porción relativamente menor de los frutos del crecimiento.

Los repetidos ajustes macroeconómicos han empeorado aún más las estructuras de desigualdad. Eso era de esperarse, porque el principal componente de los ajustes suele ser la reducción del déficit fiscal, que, al menos en las fases iniciales, se manifiesta en reducción del empleo público y en caída del gasto social. Tampoco la apertura exportadora mejora a los pobres, ya que tiende a favorecer a empresas más sofisticadas y más capitalizadas. La mayor competencia externa hace que empresas menos eficientes tengan que cerrar o reestructurarse. Todo ello genera mayor desempleo, sobre todo de mano de obra menos calificada, con lo cual las organizaciones obreras tienen menor poder de negociación salarial. Prolifera el empleo informal, que suele ser una respuesta de sobrevivencia de los desempleados. El consiguiente deterioro del salario real se ve agravado por las fuertes devaluaciones e inflaciones que marcan los inicios de todo programa de ajuste macroeconómico.

Quizás la constatación más preocupante es la continuación del deterioro del “capital social”, entendiendo por éste la infraestructura física, humana, educativa y de organización comunitaria para la producción de bienestar. El deterioro de las condiciones materiales de vida de los pobres, junto con el deterioro de la educación, han agrandado la brecha de conocimientos y capacidades productivas entre los pobres y los no pobres. Vastos sectores de la población y de la economía se han ido “africanizando” progresivamente. El libre mercado no actúa como engranaje integrador o igualador, sino como mecanismo de exclusión de los menos productivos. Concomitante-

mente, las sociedades latinoamericanas han visto crecer la violencia y la criminalidad, la anomia social, la corrupción política, la penetración del narcotráfico.

MERCADO, POBREZA, ESTADO

Pero nadie puede ser tan simplista como para afirmar que todo ello es causado por el “pérfido” neoliberalismo. Lo único que dicen los jesuitas es que la pretensión proclamada por los propagandistas neoliberales de que ésta es la vía única y segura hacia el bienestar del pueblo no se ha correspondido con la realidad. Dicen, adicionalmente, que ciertas características esenciales del esquema liberal agravan el problema de la desigualdad. Específicamente, el mercado, que en la concepción neoliberal es el regulador de la vida social y económica, actúa como fuerza excluyente de los débiles, de los menos capacitados, de los discriminados por sexo o raza. Critican que el mercado no esté sometido a ninguna instancia de control por parte de la sociedad. Las instancias del Estado que antes se ocupaban de velar por el bien de los ciudadanos han sido progresivamente desmanteladas, víctimas ciertamente de su propio fracaso, pero no ha habido preocupación por encontrar nuevas formas de procurar el bien común.

No se cansa de repetir el documento que no se trata de añorar el pasado, ni de negar las virtudes del mercado como espacio eficiente de organización de la actividad económica. Ya se ha aprendido bastante sobre lo que funciona y lo que no funciona en materia económica. Ya se sabe que proteger, subsidiar o cerrar fronteras sólo genera ineficiencia y mayor costo para el consumidor. O que expandir el gasto público sin una base sólida de ingreso tributario termina provocando inflación. Pero la nueva lección que estamos empezando a aprender es que tampoco el mercado y el crecien-

to económico solos pueden resolver el problema de la pobreza en un tiempo razonable y soportable. Es cierto que para distribuir riqueza hay que producirla, pero no existen mecanismos que garanticen esa distribución una vez generada la riqueza. Más bien, el esquema neoliberal parece contener en sí más elementos de exclusión que de integración de los pobres.

El punto de partida para cualquier análisis constructivo es reconocer que los niveles actuales de pobreza son sencillamente inmanejables por simples meca-

Es cierto que para distribuir riqueza hay que producirla, pero no existen mecanismos que garanticen esa distribución una vez generada la riqueza

nismos de mercado. Ni siquiera un crecimiento económico satisfactorio es suficiente por sí solo para enfrentar el problema. Las sociedades latinoamericanas tienen estructuras de desigualdad que coartan seriamente la materialización de los beneficios potenciales del esquema neoliberal. Este es un problema que debe ser atacado simultáneamente en los frentes político, social y cultural. Como punto de partida, hay que reconocer la necesidad de políticas e instituciones volcadas explícitamente a la superación de la pobreza.

En este contexto, el papel del Estado es fundamental, aunque tiene que ser profundamente repensado. Varias falacias han surgido como subproducto del rechazo al “populismo”. Una de ellas consiste en asociar *mucho* Estado con atraso económico y *poco* Estado con eficiencia y modernidad. De ahí el clamor por reducir el tamaño del Estado venezolano, a quien se le atribuyen casi todos los males que padecemos. Pero pocos se percatan de que nuestro Estado, con todo lo grande e hipertrofiado que pueda estar, no es más que un “gran cas-

El objetivo estratégico de la política económica debe ser detener y revertir el proceso de deterioro al que ha estado sometido el capital social del país desde hace más de tres lustros

carón vacío”, ineficiente hasta extremos kafkianos, con bajísima capacidad técnica, incapaz siquiera de producir estadísticas para medir su propia gestión, ensimismado en satisfacer los intereses de sus propias burocracias. Un somero repaso de las carencias ingentes de la Venezuela actual es la prueba más contundente de que aquí lo que ha faltado es Estado. Y ha faltado Estado porque las fuerzas hegemónicas han preferido *colonizarlo* para usufructuarlo en beneficio propio en vez de volcarlo al cumplimiento de sus funciones esenciales. Un

Un somero repaso de las carencias ingentes de la Venezuela actual es la prueba más contundente de que aquí lo que ha faltado es Estado

Estado grande y débil encajaba mucho mejor en sus propósitos.

Otra de las falacias se manifiesta en el dilema *Estado vs. Mercado*. Como si el éxito de las economías abiertas y competitivas en otras partes del mundo no se hubiera construido sobre los cimientos de una sociedad participativa y de un Estado vigoroso que velara por el bien común. Se ha puesto de moda también la discusión principista sobre el papel del Estado, con largas digresiones escolásticas sobre la esencia de lo público y de lo privado, con el fin de confinar al Estado al reducto de lo estrictamente “público”. Si la discusión sobre el “rol del Estado” se queda en el mero plano teórico-conceptual, poco podremos avanzar. No sólo porque hay excesiva carga “ideológica” (en el mal sentido de esa palabra) entre las partes litigantes, sino porque todo Estado es un ente concreto, producto de un pacto social entre individuos y clases sociales concretas, existente en un momento histórico concreto, enfrentado a tareas y necesidades nacionales concretas.

¿QUÉ ESTADO PARA CUÁL VENEZUELA?

Hablar del rol del Estado venezolano requiere hablar primero de la sociedad venezolana hoy y, sobre todo, del tipo de sociedad y economía que deseamos mañana.

La sociedad venezolana de hoy está profundamente desgarrada. Eso que llamamos la Venezuela moderna se ha construido sobre la herencia colonial de una estructura social desigual. Cinco décadas de modernización capitalista no han sido capaces de superar esa herencia. Más aún, el irreversible debilitamiento de la renta petrolera ocurrido en la última década se ha encargado de desmoronar la ilusión de los años 60 y 70, cuando pensábamos que ya estábamos en la senda de la cohesión social y de la superación del subdesarrollo. El tardío despertar de esa ilusión y la torpeza con la que se ha realizado el ajuste sólo han exacerbado y puesto en carne viva el viejo sustrato de una sociedad escindida.

Coexisten dentro de una misma frontera territorial dos países, dos economías. Una gran masa mayoritaria de pobres, que en materia de oportunidades de educación, atención de salud, condiciones de vivienda, etc., vive en precariedad extrema, y una capa minoritaria de población, que disfruta de un estándar de vida igual o mejor al de sus homólogos en países desarrollados. Una economía informal de bajísimo nivel de productividad, al lado de una economía moderna altamente productiva, capaz de seguirle el paso al progreso tecnológico, insertada en el comercio mundial. Existen, ciertamente, tonalidades dentro de esta polaridad, pero que no invalidan el hecho fundamental de la escisión. El gran reto de Venezuela en las próximas décadas es construir una sociedad cohesionada. Son múltiples las esferas de acción, y cada una de ellas muy importante. Pero nadie parece poner en duda que un desarrollo económico social-

mente equitativo es requisito indispensable. Tampoco hay duda de que ese reto exige la presencia de un Estado fuerte y eficiente, no en administrar líneas aéreas o en producir cabillas, sino en proveer los bienes públicos indispensables y en dotarle al mercado de un marco que neutralice los mecanismos de exclusión.

El Estado debe tener claras sus prioridades. El objetivo estratégico de la política económica debe ser detener y revertir el proceso de deterioro al que ha estado sometido el capital social del país desde hace más de tres lustros. La masa de pobreza actualmente existente se ha convertido en el principal freno del desarrollo productivo del país, ya que, por definición, la mitad de la fuerza de trabajo nacional está muy por debajo del estándar mínimo de productividad y no está capacitada para acompañar el ritmo del cambio tecnológico que la inserción internacional nos impone. La única forma de superar la pobreza en un lapso razonable (dos décadas, por ejemplo) es adoptando políticas explícitas contra ella. En consecuencia, las políticas económicas para el sector pobre / informal deben tener el mismo rango de las políticas para el sector moderno / formal (a nivel institucional y de asignación de recursos). El corazón de la política contra la pobreza lo debe constituir la inversión social, que busca elevar el potencial de productividad de los pobres a través de condiciones materiales de vida dignas, igualdad de oportunidades educativas, cultura del trabajo, acceso a medios materiales y financieros para la producción, acceso a la infraestructura de servicios, etc..

Lamentablemente, este tema suena ya a cantinela sabida, pero no por eso es menos actual. Que forme parte del (doble) discurso de las élites, no quiere decir que estén dispuestas a convertirlo en el eje de su actuación. No hay urgencia mientras el pueblo esté manso. Pero aquí está la clave del éxito o del fracaso de Venezuela como nación. □

Miguel Ignacio Purroy es economista, ex Director del Banco Central.